

caiga en el error de poner al *Carlos V* de Carande, como les he dicho, al lado de anodinas monografías sobre la hacienda o, lo que todavía es peor, de toda esa literatura de retórica pseudoimperial, de ese parnaso de cartón piedra y escayola donde figura algún libro, como uno que yo me sé, que se titula nada menos que *La España de Carlos V* —nunca se hubiera atrevido don Ramón a tanto—, cuando en él no aparecen más que los pocos cortesanos con los que trataba habitualmente el soberano, sin que se nos diga nada de todos los otros españoles, los más: soldados, hidalgos, campesinos, letrados... Siempre me sorprendió que no se hubiese advertido el carácter crítico, desmitificador de la obra de Carande. Tal vez se deba a que no sólo no nos han enseñado a discurrir, sino que tampoco hemos aprendido a leer, que no es lo mismo que deletrear.

Déjese me volver, para concluir —que bastante espacio he ocupado ya—, a una cita de una carta de don Ramón que hice anteriormente. Aquella en que señalaba que «en cuanto envejeczan los patrones hoy en boga, alguien apreciará en *Carlos V*... lo que hoy parece viejo».

Nos hallamos en momentos de crisis y de cambio. Y ocurre que lo que puede llamarse «los patrones en boga» en el terreno de las ciencias sociales, y en especial en el de la historia, es precisamente aquello que nos ha conducido a esta crisis y que no tiene respuestas para salir de ella. Del neoliberalismo de la «historia de la economía» dominante, difícilmente van a surgir la renovación profunda de que estamos necesitados, el chispazo imaginativo que abra las vías del descubrimiento de nuevos caminos, la esperanza que sea capaz de movilizar nuestra apatía. Pero, como le sucede al saltador que se prepara para un nuevo intento, hemos de volver atrás en el camino hecho para observar dónde nos equivocamos, en qué punto nos dejamos las ilusiones que nos animaban, y para emprender de nuevo la carrera, con los pies firmemente asentados en el suelo, para despegar de él y llegar más lejos esta vez. Lo que parece viejo y pronto se apreciará como bueno en don Ramón es, evidentemente, su propósito educativo, su ambición de enseñarnos a pensar por nuestra propia cuenta (no sólo a memorizar las respuestas, aunque tales respuestas sean modelos teóricos complejos, consagrados por las bendiciones de los santos académicos, pero inútiles para explicar la realidad social cotidiana). Un bagaje de ideas y propósitos, de exigencias éticas, que él recibió de sus maestros y nos transmitió a nosotros, sin que hayan caducado todavía, porque estaban lejos de haber llegado a su cumplimiento.

Es vieja también esta «historia económica» que exige la consideración del hombre y sus problemas como una preocupación central; pero es la única que nos puede sacar del atolladero en el que nos ha metido la otra. Porque tal vez sea bueno que nos preparemos para lo que se nos acerca. En un libro al que antes me he referido ocasionalmente, *La historia y el pasado económico*, de Coleman, que las prensas de la Universidad de Oxford acaban de publicar, se nos advierte de la honda crisis que atraviesa hoy en Gran Bretaña la enseñanza de la «historia de la economía», tal como se da en aquellas universidades —que todavía siguen siendo, para nosotros, modelos a imitar— y se avisa que según un estudio de las tendencias de matriculación que se hizo en 1985, si sigue la evolución actual, esta enseñanza puede desaparecer antes de fin de siglo —y recuerdo que el siglo se acaba dentro de once años—. ¿Cómo escapar a este riesgo? ¿Cómo volver a convertir en algo significativo, en algo que importe a los jóvenes, esta

muerta letanía en que se está convirtiendo nuestra disciplina? Coleman nos propone, por ejemplo, que volvamos a integrarla dentro de la historia, de una historia concebida globalmente, con frases como ésta: «Necesitamos más examen histórico del hombre económico irracional en un contexto político y social, y bastante menos del hombre racional en el vacío». Y nos dice que la clase de integración con la ciencia económica a que lleguemos no puede consistir en una mera utilización de los modelos teóricos que los economistas nos proporcionan, sino que debemos estar preparados para construir y verificar otros que hagamos nosotros mismos. Que hemos de explorar el estudio de la interrelación entre lo económico y lo político, entre la creación y distribución de riqueza y la creación y distribución de poder. O sea, para abreviar: que lo que nos llega de las grandes universidades anglosajonas como una advertencia angustiosa ante un presente de crisis y como un programa de esperanzas para el futuro es precisamente lo que los discípulos atrasados de estos mismos maestros siguen denunciando hoy como envejecido, anticientífico, cargado de ideología (lo que vale tanto como cargado de ideas)... O, si me lo dejan decir de otro modo, que lo que Coleman denuncia y pide hoy es lo que don Ramón Carande denunciaba y pedía desde hace años.

Yo no pretendo aquí conmemorar a un hombre del pasado. Pretendo honrar a un hombre que sólo es del pasado porque, por desgracia, no podemos contar ya con su presencia física entre nosotros; no podemos conversar más con él en su despacho sevillano, junto a la puerta; no podemos volver a recibir de él esas cartas de letra envejecida y pensamiento claro. Pero quiero insistir en que es también un hombre del presente y del futuro porque en lo que escribió y enseñó hay un caudal de ideas que han de servirnos para seguir nuestro camino. La mejor forma de honrarle ha de ser, como dijo un poeta, aprender a hacernos de lo que él pensó y esperó nuestro deber y un poco de alegría.

Josep Fontana



Bernard van Orley: *Carlos V a los 16 años* (Museo del Louvre, París)